

SOCIALISMO Y TRANSICION

Ricardo Lagos E.

No es fácil hacer política socialista en períodos de transición del autoritarismo a la democracia. En un sistema democrático, abierto y plural hacer política socialista consiste, simplemente, en plantear ante el país los lineamientos básicos acerca de lo que el socialismo quiere hacer para introducir mayores grados de igualdad social. En último término el socialismo no es un objetivo final sino más bien un objetivo y una tarea cotidiana del día a día, en donde lo que se busca es introducir grados crecientes de justicia social de manera que, la libertad política y los mecanismos de participación que un sistema democrático concede puedan ser utilizados por la gran mayoría del país. Dentro de este esquema el socialismo está en "disputa" con otras concepciones ideológicas que tienen un otro quehacer cotidiano y en consecuencia es relativamente "simple" para la sociedad percibir en que consiste la política socialista y cómo ésta se diferencia de las otras opciones. A partir de un diagnóstico de la situación existente el socialismo se plantea entonces el tipo de modificaciones que deben introducirse a una determinada estructura económica y social y cuales son las áreas prioritarias para introducir esos cambios. Es a partir entonces de un diagnóstico en donde el socialismo pondrá el énfasis en las modificaciones que parecen más importantes para acercarnos a grados crecientes de igualdad social. En último término lo que buscamos no es una sociedad de iguales que es una utopía imposible, pero si una sociedad en que todos tengan la misma igualdad para poder desarrollar sus capacidades individuales. Es en la búsqueda de este derecho de todos al desarrollo de su personalidad integral en donde el socialismo dice necesitamos mayor justicia social.

El socialismo busca una sociedad en donde exista ausencia absoluta del temor: no sólo del temor que emerge con fuerza en la dictadura sino también el temor que existe de un modo permanente en una sociedad democrática y liberal: el temor a la enfermedad, al desempleo, a que el hijo no llegue al colegio, a no poder participar de una cultura que se avisa para otros, el temor en último término, a no tener derecho a acceder a una sociedad que con su desarrollo permite tener mayores grados de felicidad para el hombre. El socialismo busca erradicar esos temores y no sólo el

el temor a perder la vida, a que el cuerpo no sea torturado o flajelado o que el individuo sea exiliado o que sus opiniones en último término no puedan expresarse porque todo lo anterior implica vivir en dictadura. Por tanto en la búsqueda de una política que permita decir que hemos eliminado los temores de la sociedad, el socialismo se plantea con una política clara para la educación, la salud, la vivienda, la remuneración digna, el acceso a la cultura.

Tenemos entonces que en democracia las banderas del socialismo se plantean con nitidez ante la sociedad. Esta, si creemos en la democracia, será en último término el juez que diga cuáles de esas banderas y con qué intensidad deben ser desplegadas para acercarnos a la ausencia de temor.

En un sistema de dictadura el cuadro es diametralmente distinto. Porque la dictadura implica que la sociedad no puede pronunciarse sobre las distintas opciones. Precisamente la dictadura consiste en impedir que cualquiera opción que no sea la del dictador, la de aquel dotado de poder absoluto, pueda expresarse en la sociedad. Por lo tanto el problema consiste precisamente en cómo hacer que surjan otras opciones contestatarias de la voluntad del dictador y, más importante, que luego de surgidas esas opciones exista un mecanismo por el cual éstas se expresen mayoritariamente y a la vez con una fuerza tal que puedan enfrentar a la fuerza del dictador y obligarlo a claudicar. Esta claudicación en algunos casos podrá implicar una derrota absoluta; en otros casos será resultado de una negociación, pero en cualquier caso se entiende que el fin último es reestablecer la democracia y poner fin a la dictadura.

¿Cuál es la dificultad socialista en dictadura? Muy simple: cómo hacer una política nacional de todas las fuerzas que quieren reestablecer el sistema democrático y simultáneamente poder perfilar aquellas banderas que el socialismo considera esenciales y que son las que le dan su razón de ser como interprete de lo que son los intereses populares y el defensor de los mismos. Cómo se hace entonces una política socialista en la transición de manera que, conjuntamente con el resto de las fuerzas democráticas de la sociedad se pueda presentar una alternativa real al dictador y a la vez el socialismo pueda tener una expresión propia de suerte que mañana cuando como resultado de la lucha anti dictatorial la dictadura dé paso al

sistema democrático y el socialismo aparezca como una opción real. El socialismo no puede pretender convocar en torno a sus planteamientos al resto de la sociedad cuando en esa sociedad no existe convencimiento mayoritario - todavía - de las bondades del socialismo. Por tanto, lo que estoy planteando como la dificultad esencial en el proceso de transición reside en la necesidad que tiene el socialismo de propender con el resto de las fuerzas políticas que quieren democracia, una respuesta unitaria y nacional a la crisis que implica la existencia de la dictadura y a la vez la mantención de lo que son sus reivindicaciones esenciales como socialista.

Aquí entonces es donde surge para muchos una confusión que los socialistas tienen que tener claro y no aceptarla. Se dice que para salir de una dictadura se requiere una política de concertación nacional. Esto es cierto: se requiere un entendimiento amplio, generoso, de todos los sectores de la sociedad en la búsqueda de un mecanismo institucional que nos permita reestablecer la democracia y dentro de ella volver a plantear opciones distintas. Pero esta concertación nacional no implica que por la sola voluntad de los que participan en ella, las clases sociales hayan desaparecido. No implica que los intereses sociales contrapuestos hayan dejado de serlo. Por tanto, debe entenderse esa política nacional, concertada, como una política que se hace en busca de un objetivo común: el reestablecimiento de las reglas propias de un sistema democrático. Esa concertación puede ir incluso más allá y entender que no basta concertarse para reestablecer reglas institucionales, sino que es necesario hacerlo para permitir que esa incipiente democracia avance con pasos sólidos a través de un entendimiento entre grupos de suyo antagónico, pero que entienden que ese antagonismo debe ceder durante un período de tiempo para consolidar el sistema democrático. Para ello, esos sectores deben estar en condiciones de plasmar un conjunto de entendimientos que satisfagan los distintos intereses en pugna. Es aquí donde a mi juicio el socialismo tiene mucho que decir.

El autoritarismo y la dictadura generalmente, son el resultado último de la expresión de una clase o sector social que utilizando el aparato militar impone sus políticas en su beneficio. Si ello es así, el socialismo tendrá que plantear no sólo el reestablecimiento de las reglas institucionales que permitan un sistema democrático, sino también el compromiso de todos de reestablecer los equilibrios que la

sociedad ha perdido como resultado de dicha política. Por lo tanto la reivindicación de lo que son los intereses populares tenemos que hacerla nosotros, socialistas, a partir de la constatación de un diagnóstico que apunta hacia los sectores que han sido perjudicados por la dictadura. Estas reivindicaciones no deben ser hechas en nombre del socialismo, sino deben ser hechas en nombre de la necesidad de reestablecer la justicia social que se ha perdido precisamente como resultado de la dictadura.

Este es ni más ni menos el caso de Chile. Tras trece años de autoritarismo, los sectores populares han sido tremendamente perjudicados y los niveles de cesantía, de caída de los ingresos reales, de agudización de una distribución injusta del ingreso por una parte, y el surgimiento de grupos económicos, del aprovechamiento del capital financiero respecto de los otros sectores productivos ha sido tan brutal que hoy no se puede hablar de Chile, sino que con mayor propiedad de los dos Chiles que han ido emergiendo en estos largos años. El socialismo debe visualizar una política de transición a la democracia no sólo como un mecanismo para reivindicar una institucionalidad perdida sino también para exigir un pacto social que permita que los sectores populares vean en esa incipiente democracia una voluntad nacional de remediar las injusticias de las cuales ellos han sido las principales víctimas. No es sólo remediar las injusticias producto de las violaciones a los derechos humanos en que ha incurrido una dictadura; también hay que remediar las injusticias para con los sectores populares que han sido afectados por las políticas económicas de ellos.

Esta necesidad del socialismo de plantear una respuesta nacional a la dictadura, y la reivindicación de lo que son las demandas populares para reconstruir el país es lo que hace que la política socialista en la transición sea una política difícil porque implica demandar grandeza y desprendimiento a muchos sectores sociales. Cuando hay algunos que quieren mantener en democracia los privilegios que conquistaron en la dictadura se hace infinitamente más difícil ese consenso nacional. De la misma manera los sectores populares que han visto pisoteado los derechos que en la democracia ganaron, tienen una tendencia natural a exigir y hacer del regreso a la democracia una suerte de revanchismo para poder ellos, ahora unilateralmente, "imponer la ley". Ni lo uno ni lo otro, porque si el socialismo cree efectiva

mente en su verdad, eso implica en último término que el socialismo cree que a través de un sistema democrático puede imponerse mayoritariamente e invitar a la mayoría social a respaldar su proyecto de país. Por ello, porque tenemos confianza en nuestro propio proyecto, es que queremos lo más pronto posible, ahora, ver la democracia reestablecida. Luego y desde ella se puede invitar al país a acompañarnos en el proyecto socialista que mañana vamos a construir. Algunos creen que por esta respuesta nacional el socialismo está abandonando sus banderas. Otros creen que el socialismo debiera esconder estas banderas en la transición para poder lograr precisamente ese entendimiento nacional. Ni lo uno ni lo otro: hay una política socialista en la transición que consiste en demandar una respuesta colectiva de todas las fuerzas democráticas para reestablecer la democracia y dentro de esa respuesta el socialismo tiene un rol importante al exigir que la voz de los sin voz durante la dictadura pueda expresarse y sus demandas puedan ser satisfechas entre todos en un sistema democrático. Esto implica una política de una gran responsabilidad. Implica una política de extraordinaria claridad e implica en último término, una política de una gran fuerza porque necesariamente va a tener que enfrentarse a aquellos sectores que quieren mantener sus privilegios no obstante que se declaren demócratas y aquellos otros que quieren en un acto propio de las confrontaciones militares, producir un cambio radical y poder en consecuencia avanzar hacia un camino que ellos creen socialista.

No es necesario, creo, hacer referencias a la coyuntura específica de lo que ha sido el drama de Chile en los últimos años y la respuesta que el socialismo ha intentado a este drama. Es difícil a veces abrirse paso entre los que quieren conservar un privilegio y los que quieren producir el vuelco radical. Pero si el socialismo no mantiene su timón con firmeza, seguro que para arribar a puerto, es necesario la respuesta de todos sin excluir a nadie, pero en donde también es indispensable que entre todos, se defina el camino que se quiere construir y la estrategia que se debe adoptar. Esto es lo que ha intentado el socialismo chileno. El tiempo dirá si esta política adoptada para transitar de dictadura a democracia, implicó a la larga reestablecer la democracia y también hacer que el socialismo dentro de esa democracia sea una opción real para la sociedad.